UNA SOMBRA ENTRE DOS MUNDOS

Valentín García Peinado

A Felipe e Isabel, por tantas cosas no escritas.

ÍNDICE

1. El juramento ……
2. El cuartel de la Montaña …….
3. El Alcázar no se rinde …….
4. Hotel Palace ……..
5. De Madrid a París …….
6. A bordo del Burgundy ……
7. El doctorcito español ……..
8. Camino de La Habana …….
9. Campamento Columbia ……..
10. El cuartel de la Cabaña …….
11. Clínica Miramar ……..
12. Playa Girón ……
13. La sombra se desvanece ……

Nota del autor y agradecimientos ……

1. EL JURAMENTO

No había nadie que me quisiera… cuando conocí a mis padres. Vivían muy lejos de mí… en su mundo. Pese a ello, mi primer amigo fue mi padre. Nuestra amistad empezó con un regalo suyo: un cuaderno, con un lapicero amarillo entre sus hojas. En la cartulina azul de la tapa del cuaderno, un rótulo negro la cruzaba en diagonal y el lápiz, de casi el mismo largo que el cuaderno, carecía de punta. Al lado: sacapuntas y borrador… ¡Es como si lo estuviera viendo!

Aún después de tantos años, no he llegado a saber qué me conquistó más de mi padre en esa mañana de primavera. Yo acababa de llegar del pueblo y él me esperaba con esos útiles escolares sentado en la última habitación del pasillo. Su risa blanca en medio de su rostro moreno me dio una confianza instantánea… pero sus piernas, adonde me aupó cogiéndome de las axilas, me cedieron un calor que todavía conservo en mis corvas. Ambas sensaciones me gustaron. ¿Estaba en casa?

En aquel cuarto no cabía más sol ni sus paredes podían ser más blancas ni su ambiente más gozoso. La magia de todo aquello me sedujo más allá de cualquier defensa y, en esa nube de asombro, el retrato de boda de una pareja captó mi atención. La voz de mi padre me arrulló para decirme que eran ellos, mis padres: Marta y Cristino.

Yo, un chiquillo de unos cuatro años y medio con los ojos bien abiertos y la boca bien cerrada, sentía el afecto de aquel hombre de mediana edad y pelo rizado por el tacto de sus manos y el tono de su voz. Su sonrisa constante rezumaba ternura, y sus ojos pardos y pequeños no disimulaban la rendición incondicional a su retoño que era yo: un crío triste y recién llegado de un pueblo castellano, que vio en aquella estancia luminosa una nueva ilusión al lado de sus padres.

Mi padre, apoyando su mano en mi cintura y tomando el cuaderno con su diestra, me contó para qué servían cuaderno y lápiz, mientras mis piernas colgaban entre las suyas y mi madre entraba y salía de aquel manantial de luz y de cariño, donde un vibrante resol titilaba ante mis ojos descreídos. Después de sacar punta al lapicero, mi padre escribió unas letras y me dijo que eran mi nombre. Luego, puso el lapicero entre mis dedos y, abarcando mi mano con la suya, cuyo tacto aún siento, escribimos mi nombre otra vez: Cristino. ¡Sí, estaba en casa!

Yo fui el único hijo de mis padres y, aunque nací en Madrid en diciembre de mil novecientos once, según me dijeron, me crie con mi abuela y sus padres en Escalona de Alberche, un pueblo toledano cuyo caserío está rodeado por algunos restos de muralla, y cuyo castillo domina el río. Allí, con esos viejitos devotos de mi niñez: la madre de mi madre y los padres de mi abuela, fui dichoso en una austeridad de medios casi medieval.

La casa grande, en la calle más grande de Escalona, con ventanas pequeñas y paredes bien gruesas cargadas de santos y retratos, olía a iglesia. Más de un rincón de alguna alcoba guardaba mis tesoros: un resto de vela, un par de piedras blancas del río, una patita de un gorrión metida en una caja de cerillas, una estampa del Niño Jesús y un frasquito vacío con un tapón de goma rosa. Solía cambiar mis escondrijos para despistar a los ratones; se lo había oído al abuelo viejo. Según él, había que distraer a los roedores para así alejarlos de la alacena… allí se guardaba nuestra comida.

Lo único que no me gustaba de esa casa era la bodega. Su escalera tan oscura, tan empinada, tan ruidosa… me daba miedo. Yo rehilaba cada vez que el abuelo me mandaba poner un cepo para matar a los ratones o llenar su jarrita de vino, porque allí en la bodega los abuelos viejos guardaban el vino en unas tinajas un poco más altas que yo. Colocar cepos se me daba bien, pero la maniobra del vino me resultaba bastante peliaguda: primero colocaba el candil en la mesa de la matanza. ¡No veía casi nada! Luego ponía un banquito de tres patas junto a las tinajas, después me subía en él con la jarrita en una mano mientras con la otra me sujetaba, como podía, a la boca de la tinaja, y al final, alzándome un poco, metía la jarrita en la tinaja. ¡Qué apuros pasaba! Menos mal que desde arriba, la abuela vieja, en la puerta de la bodega, no me quitaba ojo.

Para mi abuela de verdad, o sea, la abuela joven, yo era como el juguete de su reciente viudedad, según ella una bendición del Señor. Sus manos de leche, a juego con su cara, me despertaban cada mañana haciéndome cosquillas y me abrían el embozo de la cama por las noches. Entre medias, todo un repertorio de mimos y de cariño era posible: cuentos de hadas, nociones de las primeras letras, recoger juntos los huevos de las gallinas para contarlos con los dedos de la mano, ir a la pocilga a echar de comer al guarrito del año, además de las comidas del día aderezadas con historias del abuelo que la esperaba en el cielo, y sin faltar algún recadito a la plaza con un papelito escrito en el bolsillo. Bien mayor que me sentía yo con esos mandados a la tienda del tío Simón.

Y lo más importante: el triciclo, otro regalo de mi abuela: tres ruedecitas de goma, un manillar de hierro con puños de madera y una tabla de asiento. Con ese triciclo me di cuenta de que tenía dos piernas y empecé a explorar mi territorio de por lo menos treinta metros a la redonda. Era la envidia de los niños vecinos.

Pero lo que más me gustaba era cuando la abuela me vestía, subido yo en una silla y ella frente a mí: me quitaba el pijama, me ponía la ropa, me calzaba, me lavoteaba la cara y las manos, me atusaba el pelo y me daba un beso o dos en cada moflete. Eran besos fuertes y sonoros, besos con ganas, besos que me gustaban y me hacían sentir importante en aquella casa donde todo era viejo menos yo… sí, era dichoso de la mañana a la noche.

No volví a gozar de esa sensación de tener tanto cariño por nada, de ser querido por ser yo, de halagar mis intenciones pasando por alto mis faenas y de ganarme una caricia a pesar de mis tantas travesuras.

La cara bien dibujada de mi abuela, vestida siempre de negro y recogiendo su melena cana en un moño mientras sujetaba dos horquillas con la boca, es la imagen que aún guardo de quien tanto me quiso. Antes de irse al encuentro de su marido, la pobre soportó una agonía de dos días y dos noches: sin hablar, sin querer que me acercara a ella, bisbiseando o rezando, con sus ojos entornados, mientras yo la insistía para que se levantara y me vistiera. Con su última mirada, mi instinto descifró su adiós y, poco después comprendí que la abuela había muerto. La taparon con un manto negro y a mí me mandaron a la calle mientras la casa se llenaba de gente.

Aquel día de marzo, con el cielo encapotado, hacía fresco y yo, solo al otro lado de la calle, vi llegar al cura del pueblo y vi entrar a más gente en la casa. Con unos pantalones cortos y a medio vestir tenía frío y empecé a sentir las primeras gotas de lluvia. Yo, por más que miraba al cielo, nadie me miraba a mí, y así me di cuenta de que con mi abuela había perdido también todo su mundo, aunque ella viviría en mí por muchos más años.

Y así fue. Aquel ambiente donde yo me manejaba a mis anchas desaparecería para siempre: allí los cerdos gruñían y hozaban, las golondrinas anidaban bajo los aleros, las

gallinas ponían huevos calentitos, las yeguas eran como los caballos… pero de otra manera porque parían potritos, el suelo de las calles se convertía en barro cuando llovía mucho y entonces… había que saltar entre los cantos para no pisar el barro, y los tejados se cubrían con unas piezas grandes de barro con forma medio redonda, que se habían cocido en un horno tan grande como una casa, donde se quemaba la paja del campo. Tampoco volví a oler los guisos de la abuela vieja en la lumbre de la casa y tuve que dejar el regalo del abuelo: un conejito traído del monte que dormía en una artesa junto a mi cama.

Dos días después y poco antes del amanecer, el tío Simón nos llevaba en su carro a mi madre y a mí hasta Almorox, otro pueblo cercano. Por el camino, viendo despuntar el sol y sintiendo el traqueteo del carro, me preguntaba: ¿Quién me va a despertar y vestir ahora? ¿Quién me va a dar besos y, sobre todo… quién me va a querer? Desde el apeadero de Almorox fuimos en tren hasta la estación de Goya en Madrid, muy próxima al Puente de Segovia y a un paso del Manzanares. Para mí, el viaje del pueblo a Madrid duró tanto como la vida que allí había disfrutado, con sus olores, sabores, sonidos, sensaciones y quereres. No sabía bien adónde iba, al lado de esa señora que era mi madre, pero sí conocía todo lo que había perdido: el cariño de la abuela, el calorcito de sus padres y la constante alegría de aquella vida. No volví a ver a los abuelos viejos que, aunque siguieron viviendo en su casa grande del pueblo, desaparecieron para siempre de mi vida y su muerte cayó como una noticia más de Escalona.

A pesar de mi tristeza, la primera impresión de Madrid fue luminosa: un cielo despejado, un sol radiante, una muchedumbre de lavanderas entre la orilla del río y un bosque de sábanas al sol y al fondo, encima de un cerro, un caserón largo y pálido. Según mi madre, era el Palacio Real. A distancia y a su derecha había una especie de medio huevo gigante y gris: la Basílica de San Francisco el Grande, también según ella. En aquel Madrid lleno de casas altas y calles largas continué creciendo junto a mis padres, echando de menos el cariño de mi abuela y descubriendo el castigo de la soledad.

Mi madre pasaba el día con sus quehaceres y beaterías… y yo… yo arrinconado, no me atrevía a decirle nada: que tenía hambre o que me dolía la tripa… o que jugáramos y mucho menos acercarme a ella o coger su mano, a mí ni siquiera me miraba. Vivía entregada a sus rezos y a su marido.

¡No, mi madre no era como había sido la suya!

¡Y mi padre era como un huésped! Todo el día fuera, entre sus hospitales del ejército y sus igualas médicas, pero cuando llegaba a casa y se quitaba el uniforme, era un padrazo. Cada noche, me llevaba a la cama en medio de la penumbra de mi habitación: un holgado pijama, una batalla de almohadas, unas cuantas risas, un beso… dos o tres, un apretón de mofletes y en alguna ocasión un poco de crema en el pecho para mi tos. Todo formaba parte del rito cotidiano, empapado de mutuo fervor con el cual nos obsequiábamos el uno al otro. Mi padre, jugando conmigo, era otro niño. Mientras, mi madre iba y venía por el pasillo de aquella casa en la Plaza de Embajadores… ultimando sus preces del día. Y así, con esas carantoñas de mi padre, empecé otra vez a sentirme querido.

Comprobé la frialdad de mi madre durante una ausencia de mi padre. Por una temporada fue destinado a Ceuta, donde unas cabilas levantiscas estaban en pie de guerra. Aquellas noches sin mi padre me resultaron desaboridas por no decir tristes: yo, como podía, me ponía el pijama, las almohadas reposaban sin ninguna lucha, mis mofletes sin un beso, y

mi pecho sin crema para la tos. Y es que mi madre, con su rictus serio en su cara grande, no hacía otra cosa que pedir a Dios por su marido.

Añoraba el cariño de mi padre, sus bromas y su mirada, así como la vida pasada con mi abuela joven y los abuelos viejos en aquel pueblo toledano con río, castillo, animalitos y murallas que no volví a pisar. Allí había descubierto mi libertad.

Libertad que en Madrid volví a vivir, a mi manera, en el colegio de curas donde acabé, después de una temporada de aventuras urbanas. Mi padre atendía tres tardes a la semana la salud de los curas y del alumnado interno del colegio, y mi madre era una beata consagrada de la orden italiana a la que pertenecía el centro docente. Ambos asistían con su niño todos los domingos y fiestas de guardar a la Santa Misa en la iglesia del colegio, que era también la parroquia del barrio. En los paseos de esas tardes de domingo, yo buscaba la mano de mi padre, metía la mía en la holgura de la suya y con la confianza de su tacto ignoraba a mi madre, cuya mano apretaba siempre mi muñeca en un martirio difícil de olvidar.

Mi mano encontraba en el cuenco satinado de la mano de mi padre un refugio cómodo y libre, que la mano de mi madre, fría y blanca, me negaba hasta el dolor.

Sin embargo, en las tardes de los días laborables, después de salir de la escuela, supe amigarme con otros chicos de mi edad y formé con ellos una banda enemiga de otra del mismo barrio, cuyas batallas terminaban a pedradas y con más de una herida a primera sangre. También me hice novio de una vecina del piso de arriba, que se pirriaba por las golosinas que yo le conseguía. Pero mi vicio, lo que de verdad me privaba, era galopar a lomos de un potro imaginario a falta de aquellas mulas toledanas que no había en Madrid. Entre las batallas y la novia, mis padres no dejaban de solucionar problemas con los vecinos y de pagar cuentas en la tienda del señor Rafael, de la cual yo retiraba las chocolatinas con almendras para mi novia. ¡Y así logré que aquella vecinita me quisiera! Anita se llamaba.

Mis padres, un poco hartos de luchar con aquel potrillo que tenían por hijo, cuya excesiva libertad o soledad no presagiaba nada bueno, decidieron sacarme de la escuela de primaria y confiar mi doma a los reverendos que tan bien conocían y que tan próximos estaban de casa. Y allí, contra todo pronóstico, me las apañé para continuar siendo libre y aprovechar mis estudios. Sin mayor esfuerzo lo logré: mi nombre y apellidos, «Cristino Aranguren Ordóñez», aparecían con asiduidad en el cuadro de honor; cada mes obtenía buenas calificaciones e incluso gané varias matrículas gratuitas por mi buen rendimiento escolar. Pero en casa esos mismos méritos del colegio me producían episodios de verdadera pena.

Mi madre, con su habitual indiferencia hacia todo lo mío, decía que yo solamente cumplía con mi deber de estudiante; ni siquiera miraba mis notas ni mostraba algún gesto de interés. ¡No le salía! Mi padre, algo cariacontecido, se callaba, mientras me miraba con sus ojos tiernos. Nunca llegué a comprender esa jerarquía entre ellos por la cual mi padre, que no era ningún apocado, reprimía sus reacciones bajo la seriedad de mi madre. Esa incomprensión me acarreó más de un sufrimiento cuando, ya de mozalbete, la inseguridad de mis primeros pasos en la vida fue objeto de ridículo y escarnio por parte de mi madre. No sabía cómo acertar con ella… cada vez era peor. Todo lo que fuera de mi parte estaba mal o no le gustaba. ¿Qué más podía hacer yo? Llegué a creer que cualquier chico era mejor que yo.

No obstante, en los ocho años que permanecí en el colegio de curas, un curso de primaria más otros siete de bachillerato, aprendí valores humanos, encontré a mi amigo Pepín, el hermano que no me habían dado mis progenitores, y nació mi vocación médica. Durante ese tiempo mi padre, con su ejemplo y con su actividad, me mostró el valor único de la vida humana. En mi retina guardo la imagen de mi padre reanimando a una anciana desfallecida en plena calle. La cercanía y destreza de aquel hombre, que era mi padre, me impresionaron y esa instantánea dio sentido a mi vida: decidí ser médico como él.

Unos años después y también gracias a mi padre, salvé a mi amigo y hermano Pepín de una muerte segura en medio de una guerra inesperada, aunque pasadas unas semanas traicioné todos aquellos principios por una pasión desconocida que me asaltó en el quirófano improvisado de un hotel de lujo en Madrid.

¡Ay, Cristino, no sabías lo que te hacías!

***

En aquella clase de la segunda elemental del colegio de curas de la Ronda de Atocha, a Pepín lo llamaban Pepón porque era el más alto y el más robusto de todos los chicos. Pepón y Cristino eran tan amigos que llegaron a ser hermanos, y por eso Cristino a Pepón le decía Pepín. Tanta confianza tenían los dos rapaces que Cristino se permitía propinar en el cogote de aquel grandullón alguna colleja de vez en cuando, sin abusar, claro, por si acaso pillaba a Pepín con el pie cambiado y se la devolvía. Nunca sucedió.

En la clase había veintidós alumnos, cuyas edades rondaban los diez años. Todos eran de Madrid menos tres: dos mellizos y Pepín. Este era de Almoguera, un pueblo de Guadalajara, y el par de hermanos procedía de Toledo, y por aquello de la provincia *del bolo* sus compañeros les apodaban «los bolos». Exceptuando esos apelativos cariñosos a los tres manchegos de la clase, todos se conocían y se trataban por su primer o segundo apellido, dependiendo de la peculiaridad del apellido o del capricho del cura de turno.

Cristino era simplemente «Aranguren». Por su apellido le había correspondido el número tres de la lista alfabética de la clase que cada mañana don Eugenio, el cura asistente, cantaba en el patio del colegio. Pepín era de los últimos de la lista y también de la fila que los muchachos formaban antes de entrar en el aula: ocho y cuarto por la mañana y tres y cuarto por la tarde. Así, formando la fila «a los cuartos», cuando ya habían dado las «y media», cada alumno estaba sentado en su pupitre, dispuesto para empezar el primer «estudio» de media hora previo a la primera clase de la mañana o de la tarde.

En ese ambiente de disciplina, con estrictos horarios y rígidas normas de comportamiento, se palpaba una camaradería donde cualquier diferencia, envidia o pelea no encontraba sitio. Aquella obediente muchachada, compuesta por nueve grupos dobles de los diferentes cursos, alternaba el esfuerzo y el interés dentro de las aulas con una alegría deportiva en los recreos al aire libre. Cada norma respondía a una razón, y a cada acción correspondía un lugar. Llegar tarde a la fila era una falta, tener tres faltas al mes ocasionaba un castigo, y suspender alguna asignatura en septiembre representaba directamente la expulsión del colegio.

Pepón, bueno, Pepín, destacaba también en cálculo mental. Cualquier operación aritmética la resolvía en el momento sin necesidad de papel y lápiz, incluso alguna raíz

cuadrada, y por añadidura todo lo relativo a los cálculos de la unidad seguida de ceros. Sin embargo, no daba una en la escritura. La ortografía era su martirio y Cristino su improvisado profesor en los ratos libres. Con esas diferencias, los dos chavales tejieron su amistad: Pepín enseñaba trucos para calcular mentalmente al compañero Aranguren, y este hacía ver sus faltas de ortografía a Pepín. Para Semana Santa, cada uno a su manera había vencido su obstáculo, mientras don Eugenio hacía la vista gorda, como si no se enterara de nada.

Aquella espontánea sociedad no se limitaba a las mutuas enseñanzas de los dos amigos. En los recreos de la tarde, que duraban cuarenta y cinco minutos exactos del timbrazo de comienzo hasta el timbrazo de final, Cristino y Pepín jugaban al fútbol en el mismo equipo; ambos eran delanteros, y limpiamente se cedían los goles al equipo contrario que era la otra mitad de su misma clase.

Así, todo quedaba en casa y todo el mundo estaba contento. El más satisfecho de todo ello era el árbitro: don Eugenio. El clérigo, además de sudar la sotana, se las ingeniaba para que los partidos terminaran siempre en empate. Nadie consiguió entender las interpretaciones del reglamento de fútbol que aquel joven sacerdote hacía, el cual colgó sus hábitos y abandonó la orden religiosa al acabar el curso.

Pero la verdadera gracia de aquellos partidos de fútbol, cada tarde de lunes a sábado, era que, en el mismo campo de tierra o de barro, según el clima, jugaban simultáneamente dos equipos por cada uno de los nueve grupos del colegio, con sus respectivos árbitros y balones. Las porterías, sin red y llenas de charcos en invierno, mantenían entre sus largueros a los guardametas atentos a los balones de su equipo, que, por otra parte, eran todos iguales salvo por su presión de inflado, de la cual se encargaba el delegado de cada curso, que normalmente era el compañero que más comulgaba en las misas.

Y así, entre clases, partidos de fútbol, horarios y profesores, durante el curso mil novecientos veinte a mil novecientos veintiuno, Pepín y Cristino cada día ganaban más confianza, se convirtieron en verdaderos cómplices, disfrutaban más de su compañía y hasta llegaron a ser como hermanos casi al final del mismo curso. Para la fiesta de San Isidro, Cristino estaba tan seguro de su amistad con el bueno de Pepín que le propuso formalizar un compromiso de hermandad. Pepín, al igual que Cristino, era hijo único. Su acuerdo daría a cada uno el hermano de sangre que no había tenido y, además, mantenía al compañero y amigo de curso que había ganado. La iniciativa de Cristino cayó en su amigo como una revelación y la aceptó.

Unos días después, el planeado pacto de hermandad quedó sellado mediante una ceremonia en la oscuridad de la escalera que bajaba al salón de actos del colegio. Ambos chicos, sentados en un escalón intermedio del tiro de la escalera más bajo, y haciendo de altar la pisa del escalón inmediatamente superior, escenificaron, a escondidas, el rito que ellos mismos habían ideado. Cada uno había llevado lo necesario para aquel acto: Pepín aportó una vela y unas cuantas cerillas sacadas de la sacristía, y su futuro hermano llevó la aguja de una jeringuilla de su padre. La llama de la vela cumplió el trámite de esterilizar la aguja, además de proporcionar una vibración más que inquietante a las tinieblas de la recóndita escalera. Pepín y Cristino, mirándose fijamente a los ojos, procedieron a leer el texto del juramento. Lo había redactado Cristino la tarde anterior en su casa, después de consultar algunos libros de historia de su padre. Pepín fue el primero en leer, mientras sostenía el papel con su mano izquierda y apoyaba la otra en su pecho a la altura del corazón.

—Yo, José María Rodríguez Iniesta, juro por mi sangre y por mi honor ser siempre hermano de Cristino Aranguren Ordóñez, y juro también ayudarle en todo lo que me pida, confiar en él, no traicionarle, ni tampoco hablar mal de él, defenderlo si lo necesita, y salvarle de cualquier peligro que tenga en su vida. Si no lo hago, que Dios me castigue.

En silencio, Pepín y Cristino se estrecharon la mano y, a continuación, Cristino leyó el mismo texto cambiando el orden de los nombres, seguido de otro choque de manos, y rematado por la mezcla de sangres de los dos juramentados.

Cristino, ignorando que aquello iba a ser su primera intervención quirúrgica, pinchó la yema del índice derecho de Pepín y, a continuación, la suya. Cuando brotó la sangre en aquellos dedos infantiles, los apretaron el uno contra el otro, mezclando sus sangres en medio de aquel tenebroso escondite. Entonces supieron que ya eran hermanos y Cristino sintió que había dejado atrás su soledad. A continuación, se abrazaron y, separando sus índices, cada uno chupó el suyo para cortar la sangre con su propia saliva. Era el veinticuatro de mayo de mil novecientos veintiuno y el colegio celebraba a su patrona: María Auxiliadora.

En esa fecha, ninguno de ellos dos podía imaginar cómo ese juego de niños les vincularía para el resto de sus vidas. Habían creado un lazo tan definitivo que ligaría sus destinos más allá de una guerra, un exilio y un océano. Al otro lado del mundo y por lealtad al juramento de ese día, compartirían, poco más de tres lustros después, una mujer, un hijo y un secreto hasta la llegada de una revolución, cuando la vigencia de su compromiso tenía unos cuarenta años. Cristino y Pepín nunca supieron si la lealtad al juramento condicionó sus vidas, o bien si sus vidas se aprovecharon de aquel juramento. No fue necesario esclarecerlo. El destino habló por ellos.

Una semana después del juramento, el padre de Cristino tuvo que partir para África. Una tribu rifeña preparaba una rebelión que amenazaba seriamente el porvenir del protectorado español en Marruecos. Cuando aquel capitán médico regresó, después de un mes largo de ausencia, era otra persona: había perdido bastante peso, sus canas se habían multiplicado y sus ojos estaban más hundidos. Lo peor era que apenas hablaba, aunque no por eso dejó de comentar en su casa ciertas críticas sobre la responsabilidad del rey en aquella cruel escabechina de Annual. Durante ese mes, Pepín había cubierto el vacío del padre de su amigo, pues Cristino permanecía en el colegio hasta la hora de la cena y, luego de despedir su alegría, marchaba a su casa para vérselas con su madre.

La hermandad secreta fundada por Cristino y Pepín no encontró ningún obstáculo en los siguientes cursos. La progresiva confianza de los dos amigos, poco a poco, los adentró en otros pagos ajenos a su amistad colegial. Aunque siempre permanecieron en el mismo curso, Pepín era interno y Cristino externo; Pepín comía y dormía en el colegio, y Cristino en su casa.

Una tarde de abril del curso siguiente, la lluvia obligó a los dos perillanes a quedarse sin jugar al fútbol en el patio. Tuvieron que permanecer casi los tres cuartos de hora de recreo al resguardo del pórtico de las aulas, y allí, entre el tumulto de las hordas muchachiles, apareció el padre de Cristino. Este estaba atendiendo la evolución de un proceso vírico declarado en un sacerdote del centro religioso, con el cual mantenía una iguala médica que incluía a todos los clérigos docentes del colegio. Fue entonces cuando el doctor Aranguren saludó al desconocido hermano de su hijo, y Pepín conoció al padre de su hermano. Alejándose ya Cristino padre, surgió una pregunta entre los chicos:

—Oye, Cristi, tu padre es rico, ¿verdad?

—Mi padre es médico; el tuyo sí que debe serlo para estar tú interno aquí. ¡Menudo dineral debe pagar todos los meses!

—No, qué va, mi padre es jornalero en las fincas de una señora de mi pueblo. ¿Qué le vamos a hacer, amigo? Unos nacéis con estrella como tú o como la patrona de mi padre, y otros nacemos estrellaos.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que tú has tenido más suerte que yo. ¡Fíjate… tu padre, un médico! Y el mío, a jornal en las tierras de la señora Leoncia, esa sí que es rica. ¡Nosotros tenemos lo puesto!

—¡Anda ya, chaval! ¿Y este colegio quién lo paga? ¿O es que el dinero os cae del cielo?

—No, lo paga el ama de mi padre, porque está muy agradecida… ¿O es que no lo sabes?

—¿El qué tengo que saber, Pepín? Dime, ¿qué cosa no sé?

—Pues que yo salvé la vida de Pedrito, el único nieto del ama de mi padre.

—¿Cómo?… ¿Qué has dicho?

—Lo que has oído, hermano. Pedrito, el nieto de la señora Leoncia, es un chico como nosotros, y como siempre estaba solo, porque no le dejaban juntarse con otros chicos al pobrecillo, ni tampoco le dejan correr por ahí, pues un día, harto de aburrirse, el Pedrito se puso a enredar en la alberca de la finca.

—¿Y qué es eso de la alberta?

—La alberta, no… ¡la alberca! Es como un depósito de agua a ras de tierra y que sirve para regar en verano… Bueno, pues el Pedrito se cayó en medio de la alberca y ya casi se estaba ahogando cuando yo, de chiripa, oí el agua y unos gritos raros. Corrí, lo vi, me tiré al agua, le agarré de los pelos, lo saqué como pude y le salvé. ¡Menudo susto, chaval!

Cristino no pestañeaba y Pepín, después de contar la peripecia de Pedrito, miró a su alrededor. Fuera, había empezado a escampar y bajo el pórtico ya solo quedaban unos cuantos chicos y ellos dos. Cristino, sin dejar de mirar a su hermano, preguntó:

—Pero, Pepín, ¿tú sabes nadar?

—Yo me defiendo, ya sabes, como decimos en mi pueblo: ¡Hace más el que quiere que el que puede! Yo me tiré donde estaba Pedrito, lo agarré y moví mucho los brazos, bueno, el brazo que me quedaba libre, meneé más aún las piernas… y ya está.

—Pero te tiraste al agua, así, sin más. ¿No se te ocurrió pensar que te podías ahogar?

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Pensarlo y que se ahogara el pobre Pedrito mientras yo me tentaba la ropa? ¡No sé…, no pensé na! Yo me tiré y ya veríamos. ¿Sabes lo peor?

—¿Qué?

—Pues que el agua estaba verde y como con madejas… un asco, pero yo tiré palante y ¡hala! Cuando agarré al pobre Pedrito ya estaba medio mareao.

—¡Qué tío eres, Pepín, eres el gran Pepón!

—Cuando Pedrito estaba bien, su abuela mandó llamar a mi padre y le dijo que, en agradecimiento, me pagaba los estudios siempre que fuera en un colegio de curas, de Madrid o de Guadalajara.

—O sea, que eres un héroe. ¡Viva, viva, tengo un hermano que es un héroe, Pepín es un héroe!

—Chitón, hermano, no quiero que esto que te he contado se sepa. ¿Vale, Cristi?

—Pero ¿por qué? Si es una cosa buena que has hecho, todo el mundo no somos así de valientes como tú. ¡Menuda hazaña la tuya! Y tú aquí diciendo que me calle.

—Yo aquí solo quiero ser uno más, ni héroe ni na de na, uno entre todos. ¿Vale?

—Vale, Pepín. ¡Soy una tumba!

Esa confianza o ese secreto les unió más aún e hizo nacer en Cristino una encendida devoción por Pepín que el paso del tiempo no apagó. Aquel vínculo entre los dos muchachos siguió creciendo con los sucesivos cursos, entre normas, exámenes, fútbol, misas, intimidades y… flores a María. Y así continuó hasta la prueba de Estado, superada la cual, ese par de granujas hermanados acabaron el bachiller y su vida en el colegio religioso.

Pepín ingresó o lo ingresaron en el seminario de Mohernando, provincia de Guadalajara, perteneciente a la misma orden religiosa de su colegio. Allí, aquel arrojo primordial del Pepón héroe, que había salvado a Pedrito, se fue aparvando hasta su total adormecimiento. Cristino se matriculó en la Facultad de Medicina de San Carlos en la calle Atocha de Madrid, en septiembre de mil novecientos veintinueve.

Aquel año, España, libre ya de las guerras de África, se permitía el lujo de celebrar simultáneamente la Exposición Universal de Barcelona y la Exposición Iberoamericana de Sevilla, en tanto que la atmósfera política del país se iba cargando de fatales presagios y el diferente rumbo profesional de cada uno de los dos amigos les separaba. Sus destinos no volverían a trabarse hasta unos lustros después en una isla del Nuevo Mundo.

Aunque Cristino Aranguren se examinaba al día siguiente de «Aparato digestivo», esa mañana del catorce de abril del año treinta y uno, decidió ver qué pasaba en Madrid. «¡Sin duda es una ocasión única!», debió de pensar. Se había preparado bien para la prueba de ese tema, e incluso un par de días antes, el domingo, el mismo día de las votaciones, su padre le había examinado oralmente de la materia, con resultado satisfactorio para ambos.

Desde su casa, vecina a la Plaza de España, Cristino subió andando por la Gran Vía en medio del gentío madrileño que pululaba por esa nueva avenida de la capital. Ya al pie del edificio de la Telefónica, oyó el tintineo de un tranvía que se acercaba por la calle Fuencarral, giró a la izquierda, lo vio, lo esperó y saltó al estribo del vehículo público cuya dirección era Sol bajando por la calle de la Montera. Ni el tranvía podía estar más abarrotado de viajeros ni en la Puerta del Sol cabía más gente. Así pues, a los pocos metros el transporte municipal paró y sus ocupantes hubieron de vaciarlo.

Ya desde la mitad de la calle de la Montera se podía otear el crepitar multicolor de tanta cabecita cubierta y de tanto ciudadano entusiasmado: sombreros de ala, bombines, gorras con y sin visera, sombreritos de cloche y de albero, gorras de plato y algún que otro gorro frigio. De esa aglomeración en la Puerta del Sol emanaba la ilusión de todo un pueblo: la República. Una dominante juventud coreaba hasta la ronquera:

—Re-pú-bli-ca… Re-pú-bli-ca… Re-pú-bli-ca.

Taxis, coches particulares, tranvías y algún camión habían tenido que parar en las bocacalles afluentes a la Puerta del Sol. Y más de un techo de esos vehículos sirvió de balcón a los más gamberros que, no pudiendo contener tanta alegría, vociferaban lo primero que les venía a la cabeza:

—¡La República ya está aquí! ¡Ya no hay rey! ¡Viva la República! ¡¡Viva, viva!

Cristino, embobado ante el atrabiliario espectáculo, desvió su ruta de Montera a la calle del Arenal, que desde la media distancia parecía menos concurrida. Cuando había bordeado las fachadas de la Puerta del Sol y dejado atrás aquella marabunta ciudadana, un nuevo tapón a la altura de la iglesia de San Ginés le obligó a detenerse: una pandilla de jóvenes y un par de maduros arrastraban por la calzada de la calle Arenal hacia Sol la estatua de la reina Isabel II.

La habían arrancado de su pedestal, situado frente al Teatro Real, y desde allí hasta Sol, entre insultos y vejaciones, llevaban la real imagen al corazón de Madrid. Querían celebrar así la caída de Alfonso XIII más que el triunfo de la Segunda República de España. Aquel pedestal de la reina no estaría vacío por muchas horas. Pasada la medianoche, un grupo de ciudadanos colocó una representación de la República con forma de busto sobre el mismo basamento y en la misma plaza. Esta se conocería en adelante como la plaza de Fermín Galán.

Ante aquel obstáculo en Arenal, Cristino modificó de nuevo su camino y, torciendo a su izquierda, subió por la calle de Bordadores hasta la calle Mayor, que cruzó, y cuando ya había entrado en la Plaza Mayor se sorprendió al no divisar la estatua ecuestre de Felipe III. Instantes después, al avanzar unos pasos, pudo ver la escultura en el suelo, troceada y apaleada: la cabeza del rey, la cabeza del caballo y el resto del monumento yacían entre martillos, estacas y picos asidos por manos cuya fuerza era pareja a su saña. En medio de aquellos hechos, Cristino se fijó en una muchacha, una quinceañera quizá, que se movía con desenvoltura entre los ejecutores del pétreo magnicidio y los animaba a seguir propinando martillazos al símbolo caído. Las formas de la chiquilla prometían; su falda un poco remangada dejaba ver unas redondas rodillas y unas bien contorneadas pantorrillas, sin contar que sus hechuras de mujer en ciernes quedarían mejor modeladas en un par de años vista. Se llamaba Marci, o al menos así la llamaban los dos muchachotes que revoloteaban a su vera. Cuando Cristino contemplaba las evoluciones de esa hembrita en medio de aquel furor, un martillazo en la punta de la barba de la efigie de Felipe «el Piadoso» hizo saltar una esquirla, que con la fuerza de un proyectil fue a parar a la rodilla derecha del muchacho más robusto, causándole un corte bastante notable.

Cristino, al ver en primer plano el accidente, no dudó en acudir a socorrer al desconocido, cuyo sangrado no era menor, y que cortó con un torniquete practicado con su propio pañuelo. La taberna más cercana hizo las veces de botiquín de urgencias, pues el lavado y desinfección de la herida con agua y coñac del establecimiento sirvieron como eficaz tratamiento de la brecha.

La fiesta de la República había acabado para esos tres jóvenes, que acompañados por Cristino y amigados con él, volvieron hasta el domicilio de los dos muchachos y de la llamada Marci. Cristino, antes de despedirse de los tres, comprobó el estado de la rodilla de Marino, el herido. Después de haber andado desde la Plaza Mayor hasta las Vistillas, no había sangrado alguno, pero se notaba una buena inflamación. ¡Nunca una herida pudo ser más luminosa! Porque debido a ese guiño del destino en el día de la proclamación de la República, Cristino conoció a Marci y supo dónde vivía.

No sería fácil averiguar quién insistió más en ese primer noviazgo de aquella pareja. Marciana, o sea Marci, paseaba con Cristino al igual que con otros vecinos y conocidos de su barrio, y él incorporó los ratos que pasaba junto a ella como una disciplina más en su quehacer rutinario. Lo cierto es que ambos hacían todo lo posible por verse, al menos unos minutos al día, los suficientes para seguir trajinando el resto de la jornada cada uno en lo suyo hasta el domingo. Cristino necesitaba de ese ratito para seguir afanando en sus tareas cotidianas, aunque también deseaba ver a Marci para sentir su cercanía y consolar su ya crónica soledad.

Poco después de conocerse llegaron a un acuerdo: las tardes de los domingos serían para ellos. A primera hora de esas tardes, Cristino se plantaba en la calle de Marci delante de su portal y esperaba su salida. Luego caminaban hasta un cine, un baile o una reunión de amigos. Al acabar esos jolgorios públicos, Cristino solía robar más de un beso de la boca de Marci, y después, según fueran de tiempo, podían cometer algún pecadillo propio de la circunstancia y del lugar. Entre las tardes de domingo, los estudios de Cristino, las costuras de Marci, las algaradas callejeras y los paseos a orillas del Manzanares, así, día tras día y poco a poco, sin darse cuenta, se fueron conociendo y amasando una relación que en la noche de un martes desembocó en una exclamación:

—Te quiero, Cristino, sí… te quiero mucho, gafitas.

La declaración de Marci dejó a Cristino paralizado, sin paular ni maular. Ella, callada también, abrazó a su novio y ambos, al resguardo de un seto gigante en la Cuesta de la Vega, se besaron.

—¿Qué te pasa, Cristino… es que he metido la pata?

—¡Ni hablar, Marci! Acabas de darme la vida… me parece que estoy viviendo un sueño.

—¿Qué dices, Cristino? ¿Te extraña que yo te quiera, o que te lo diga?… soy tu novia, ¿no?

—Sí… pero me parece mentira, Marci.

—Pero, Cristino, ¿qué es lo que te parece mentira? ¡Dime!

—Que alguien me quiera y, además, que me lo diga.

—Pero, Cristino, ¿qué estás diciendo? ¡No te comprendo!

—Cosas mías, Marci… de familia, ya te contaré. ¡Me siento tan unido a ti! ¡Y te quiero tanto!

—Yo también, gafitas mío… pero no me preocupes.

Después de varios besos, caricias, mimos y agasajos, Cristino, como si creciera, suspiró:

—¡Ya no estoy solo!

A finales de la primavera de mil novecientos treinta y cuatro, Cristino se licenció en Medicina, cuando ya había ingresado en el Ejército de Tierra a principios del mismo año. El tenaz consejo de su padre convenció a Cristino de su entrada en el cuerpo médico de ese ejército, y la expresa recomendación de encumbrados colegas de su mentor y progenitor la hicieron posible.

Pocas fechas antes, había caído herida al lado del Mercado de Olavide una compañera de Marci, la militante socialista Juanita Rico. Esta joven expiró unos días después a consecuencia del ataque de unos falangistas, que la dispararon en clara respuesta al asesinato de un derechista en la Casa de Campo madrileña. El crimen de una simple modistilla, como su novia, reforzó la fe republicana de Cristino y sus ojos empezaron a mirar además de ver. La reacción de Marci fue más explícita: se afilió, como su hermano, a la Federación Anarquista Ibérica, la conocida como FAI, y luego se incorporó a sus servicios administrativos, que en esa precisa época se empezaban a organizar en Madrid capital.

Un par de meses después de acabar sus estudios, Cristino se prometió con Marciana, en una ceremonia parecida al juramento de hermandad con su amigo Pepín, aunque esta vez las velas y la sangre se sustituyeron por otros elementos.

Para principios del año mil novecientos treinta y cinco, Cristino Aranguren Ordóñez era ya médico militar de plantilla, y prestaba sus servicios en diferentes establecimientos sanitarios del Ejército de Tierra, tanto en Madrid capital como en la provincia.

No obstante, esa dedicación reglada se completaba con otra ocupación también médica, que Cristino voluntariamente brindaba a instituciones sociales y de beneficencia. Cristino trabajaba con ahínco y con gusto; quería saber todo sobre el cuerpo humano y, para tal fin, cualquier paciente era bueno, sin importarle el sitio ni la hora. Además, no olvidaba tener con los humanos que atendía un trato afable y natural, pues, como su padre le había dicho en más de una ocasión: «La cercanía del médico es el mejor fármaco para el enfermo». Su ejecutoria no podía ser más satisfactoria para sus intereses de facultativo joven, centrados en la práctica directa de su oficio de médico y alejados de cualquier suerte de codicia o condicionamiento.

Como dentro de aquel Madrid populista, republicano, anarquista, libertario y revolucionario cabía todo, no iba a ser menos el recién ordenado sacerdote don José María Rodríguez Iniesta. Este vivía entre las paredes del colegio religioso donde años atrás había conocido a su hermano y amigo Cristino. La vida del ya cura Pepín había discurrido por una línea continua entre los estudios del bachiller y los del sacerdocio, entre el regalo de una beata agradecida y la tonsura, símbolo esta última de sus votos profesados, cuya fecha de caducidad se alcanzaría en poco más de un par de años y en un país al otro lado del Atlántico.

Aunque tanto Cristino como Pepín se debían a sus ocupaciones, ambos hacían por encontrar cualquier ocasión para abonar su amistad. No era fácil en ese Madrid, cuyos polos cada día se definían más y donde ellos, uno como militar y otro como sacerdote, podían encarnar esa polarización larvada en familias, barrios e incluso en verbenas. Con todo y con eso, al mediar mayo y llegar las tradicionales fiestas de San Isidro Labrador,

patrón de la ciudad de Madrid, Cristino organizó una merienda en la pradera próxima a la Ermita del Santo.

Marciana y Cristino habían quedado con Pepín en la Puerta de Toledo, y desde allí los tres caminaron hasta la Ermita. Llegados a la pradera y entre aquel gentío madrileño, un atlético cura, luciendo su coronilla rapada en medio de su pelo rubio, competía en llamar la atención con la guapa muchacha que tenía a su lado. Marciana, vistiendo una camisa carmesí y una falda de capa en verde manzana, remataba su atuendo con un gorrito anarquista rojinegro ligeramente inclinado a su izquierda. De repente Cristino, harto de tanto chulapo y de tanto mirón, estalló:

—Pero Marciana ¿es que no has podido ponerte tu mono de miliciana?

—Pero Cristino, veníamos a una merienda en el campo, no a na del partido ni del sindicato.

—Pues eso, a una merienda en la pradera, a comer sentados en el suelo y tú con esa falda tan corta y tan llamativa.

—¿Qué le pasa a mi falda?

—Pues que todos esos tíos te están mirando las piernas. ¿O es que no te das cuenta?

—Vamos, rico. ¡Se cree el ladrón que todos son de su condición! Además, yo me pongo lo que me da la gana. ¡Faltaría más!

—Oye, Marci, yo soy tu novio ¿entendido?

—Sí, eres mi novio, pero no eres mi amo ¿entendido?

Pepín, mal que bien, apaciguó los ánimos de la pareja, mientras el número de mirones aumentaba y ellos tres buscaban aposento sobre la hierba de la pradera. Ya sentados a conveniencia de Cristino, que no paraba de vigilar la falda y las piernas de su novia, departieron, comieron, bebieron y hasta cantaron entre músicas de tiovivo y olores de churros y fritangas. ¡Imposible imaginarse una escena de muerte y de odio en ese mismo sitio, unos quince meses después!

Al caer la tarde del viernes diecisiete de julio de mil novecientos treinta y seis, Marciana y Cristino, como tantas parejas, paseaban por las animadas calles de Madrid. Él, serio y callado, era observado por su novia y esta, cansada de mirarle, paró en seco y, girándose hacia él, habló.

—¡No le des tanto a la chola, Cristino! ¿No ves a la gente?

Dicho esto, Marciana azuzó a su novio por el brazo derecho mientras lo miraba, para continuar hablándole con un tono dulzón acompañado de una sonrisa traviesa:

—To está normal, no va a pasar na de na, hay tranquilidad y alegría como siempre y más ahora en verano. ¡Venga, Cristino! Vamos a sentarnos en esa terraza de la esquina que el sol ya está bajo y se han ido las calores.

Con el índice de su diestra, Marciana había indicado a su novio dónde sentarse.

—De acuerdo, pero a mí todo esto me huele a chamusquina, Marci. ¿Cómo va a ser todo igual después de los dos crímenes del domingo y del lunes pasado? ¡Hace tan solo cuatro días! Mira, Marciana, han matado, han asesinado a un representante de la autoridad… a un teniente del cuerpo de Seguridad del Estado y a un diputado del Congreso, a cada uno el bando contrario. Casi dos magnicidios, es muy grave… gravísimo. ¿Sabes lo que pasa?

Marci, atareada en acomodarse en una silla, apenas prestaba atención a las razones de su novio.

—¿Qué pasa, tío listo? ¡Lumbrera de los Madriles… luz de mi vida, ja, ja, ja!

—¡Menos guasa, guapa! Que no es el momento, escúchame bien, Marciana, como dice mi padre, que es un veterano en todo y no se le escapa nada: ¡España está peor de lo que parece! Y Madrid, en este momento, es como el agua mansa de un río que tapa el torrente oculto que hay en su fondo.

Mientras Cristino manifestaba su parecer, un griterío de niños y un encendido parloteo de mayores deslucían sus opiniones, al tiempo que unos chillidos infantiles aturdían a Marciana, que, ante el jaleo circundante, optó por mirarse las uñas. Cristino bajó sus ojos al suelo, puso las manos en sus rodillas, miró a un lado, miró al otro y al final prosiguió levantando algo más su voz:

—Las corrientes fuertes están escondidas en lo más hondo, el peligro está bajo las aguas quietas, eso es lo que ahora estamos viendo en Madrid… el agua de la superficie, el agua mansa: la gente charlando, bebiendo y cantando, los puestos de horchata valenciana, las verbenas con sus casetas y sus músicas, los veraneos en la sierra, los barrenderos baldeando las calles con la fresca de la mañana, pero la verdad, la pura verdad, es que todo esto… siendo todo igual, o pareciendo igual, ya no es lo mismo porque, si te das cuenta, Marciana…

—¡El barquillero, barquillos a perra chica! ¡Barquillos de los buenos, de vainilla y canela, barquillos pal nene y la nena, barquillos a perra chica! Camarada, ¿un barquillito pa esta guapura de señorita?

—¡En otra ocasión será, camarada, muchas gracias!

Contestó Cristino al rechoncho barquillero que, tocado con su gorrita de chulapo, continuó voceando su golosina y siguió su camino con bombo y ruleta a cuestas. Pasado el amable abordaje del barquillero, Cristino escuchó suspirar a su novia. Marci se abanicaba con desparpajo y con más atención lo miraba.

Cristino aprovechó para seguir argumentando su opinión con datos más concretos.

—Mira, Marci, hace semana y pico tuve que ir a los cuarteles de Aranjuez para atender un servicio. Por los pueblos que pasé, pude ver con estos ojos muchas hoces y martillos pintados en tapias y fachadas de las casas… ¿Me estás escuchando? Porque ahora viene lo peor: leí en las paredes amenazas de muerte de unos vecinos contra otros. ¡Esto que estamos viviendo en Madrid ahora es una especie de isla dentro del resto de España! Y, además, si nos paramos a…

—¡Salud! ¿Qué vais a tomar, camaradas? —preguntó un camarero.

—Dos cañas bien frías con unas aceitunas, camarada —respondió Marci, mientras la punta de su naricilla resplandecía al encender un cigarrillo.

—¡Que sean dos cañitas para la pareja! —declamó el enjuto camarero, ahuecando su voz, mientras unos chavales jugando y correteando por allí embestían sus piernas, huyendo del enemigo, claro.

—¡Cristino, eres un cenizo, pero un cenizo de los pies a la cabeza! Mira a tu alrededor, todas las ventanas abiertas de par en par, los balcones igual, todas las luces encendidas, las voces de las radios y gramófonos a todo meter, el pueblo paseando y disfrutando por las calles de Madrid. Mira, Cristino, mira, hasta una niña de primera comunión con su familia… Míralos cómo bajan por Marqués de Urquijo con su vestidito blanco, su velo, su misal y su limosnero. ¡Menudos beatos! ¡Meapilas, católicos de pacotilla!

Marciana lanzó a Cristino una contundente bocanada del humo de su pitillo, mientras en medio de un jolgorio envolvente, la voz de Estrellita Castro cantando a su jaca jerezana salía de un mirador vecino. Cristino, bastante descompuesto, abanicó con su diestra la fumarada de su novia y, con los ojos más encendidos que el cigarro de Marci, arremetió:

—Ya ha salido la anarquista de pro, pero ¿no sois vosotros los que decís que cada uno haga lo que quiera? Pues esa familia está haciendo eso mismo. ¡Lo que quieren! ¡Lo que les da la gana! Lo que creen que deben hacer, sin esconderse, es su libertad. ¡Querida! ¿Por qué les llamas eso de beatos, de esa manera y con tanto desprecio?

—Yo no lo digo con desprecio, Cristino, digo solamente lo que me parece a mí que son.

—Dime, Marciana. ¡Tú no eres así! Tú eres bastante mejor de lo que tú misma crees. Pero tu familia te tiene encanijada, y tú no lo ves, no puedes verlo. ¿Anarquistas? Nietos, bisnietos y…

—Para el carro, chaval, que la familia es sagrá.

—Y encima os las dais de avanzados y de modernos. ¡Menudos meapilas a la contra! ¡Menudos resentidos! ¡Menudos burgueses de medio pelo! Tú misma, Marci, mucho partido, mucho comité, mucho camarada, y ¿qué? Aquí en un velador cómodamente, enarbolando tu cigarrito, como cualquier burguesita frívola que veranea en La Concha de San Sebastián.

Marciana, con su cara arrebatada por una ira fácil, contestó a un Cristino que, vuelto en otra dirección, ya había dejado de mirarla:

—¡Eh, Cristino, ya está bien, coño! Deja a mi familia tranquila, porque si tú eres médico es por tu padre que, aunque sea republicano, en el fondo es un burgués disfrazado de espadón matasanos. ¿O es que tú te crees que esta gachí se chupa el dedo? Eh, dime, Cristino.

Cristino ahora miraba en dirección opuesta a la de su novia, que prosiguió su retahíla:

—Así que, chaval, punto en boca, que desde hace cinco años en España ya no hay clases. ¡Se acabaron los señoritos y los reyes… para siempre, camarada doctor! ¡La República se va a encargar de cortar las barbas a más de uno, ya verás, ya verás! ¡Y más pronto que tarde, camarada! Ahora todos somos iguales. ¡Nos ha molado el burguesito este!

Ante los improperios de su novia, Cristino creció en su silla, se quitó las gafas, se giró hacia Marciana, la agarró del brazo y la espetó:

—Oye, Marciana, mi padre ya está retirado del servicio activo, y efectivamente es republicano. Y lo es porque el rey le decepcionó, como a tantos españoles, apoyando el golpe militar de Primo en el año veintitrés. ¡Ese sí que era un espadón!

Como el tono de la controversia iba subiendo, más de un vecino de aquella terraza empezó a mirar a la díscola pareja que, dándose por aludida, bajó el diapasón al momento. Marciana, que pocas veces había visto así a Cristino, lo atendía sin pestañear, aunque sin rechistar apartó su brazo al tiempo que él, en un tono más quedo, le confió:

—Mira, Marci, yo soy médico porque quiero serlo, me gusta, disfruto curando, sanando y aliviando el dolor de la gente, y sufro mucho cuando no lo consigo. Me dedico a lo que me gusta las veinticuatro horas del día si hace falta. ¡Tengo esa suerte! Y tú lo sabes, Marci. Trabajo en dos hospitales, uno de la beneficencia porque quiero y además lo hago sin cobrar ni un real, y otro del ejército porque soy militar, y en eso reconozco que mi padre tuvo mucho que ver. Yo estoy bien convencido de mi vocación de médico que nació de niño, eso sí, fijándome en el ejemplo de mi padre.

—Mucha vocación, sí, sí… tu padre te metió en el ejército, y tú por no contradecirle te callaste. ¿Eso es vocación? Vamos, chico, eso fue un negocio para los dos, un convenio entre padre e hijo.

Cristino negaba lentamente con la cabeza, al tiempo que ahogaba un amago de sonrisa para terminar clavando sus ojos en los de Marciana que, con los suyos, le hizo frente. Un trago de él separó sus miradas antes de pronunciar su alegato final.

—En cuanto a lo de ser republicano, Marci, quizás sea más fácil aún. Si querer que no haya tanta diferencia de clases, tanta injusticia, tanta necesidad y tanta ignorancia, es ser republicano, entonces soy más republicano que nadie… más que Azaña incluso. ¿Estamos o qué? ¡Y no se hable más! Ya está bien de tanta música política a todas horas. ¡Joder! ¡Ah, y cuando necesites a un matasanos, como tú dices, que te cure Rita la cantaora!

Cristino remató sus palabras con una enérgica palmada sobre el mármol del velador, haciendo rebotar aperitivo y bebida, y notó con sorpresa cómo su mentón había comenzado a temblar. Entonces Marciana, que con la mirada perdida tan calladamente había atendido a su novio, exclamó con voz cercana mientras cogía la mano de Cristino:

—Mira, Marino… ¡uy! digo Cristino, tus padres van por la otra acera de Rosales.

—¿Cómo me has llamado? Estás aquí hablando conmigo, con Cristino, con tu novio. ¿O dónde estás ahora? ¿Eh? Dime, Marci.

Marciana, al acercarse la cerveza, se atragantó, tosió un par de veces y, echándose la mano al pecho, tragó saliva, dejando finalmente su caña en la mesa.

—Pues, Cristino, que me he equivocado, hombre. Ya conoces a Marino desde el día de la República. ¿O es que yo por ser mujer no puedo tener amigos, eh?

¡Venga ya, Cristino, olvídate de mi vecino y mira a tus padres que van por ahí enfrente mismo!

—Sí, ya los veo, vuelven a casa después del rosario.

En ese preciso momento, Cristino advirtió cómo una mosca planeaba en círculos cerrados sobre la última aceituna del aperitivo, como Marino alrededor de su novia. Sin pensarlo

dos veces y de un solo manotazo, Cristino espantó al molesto insecto, salvando así aquella oliva que, sin ningún miramiento, quedó engullida por su mismo salvador.

Marci apuró su cerveza, apagó su cigarro y secó sus labios con un pañuelito extraído del escote.

—¿Qué se debe aquí, camarero? —exclamó Cristino, alzando su voz y su mano izquierda en señal de aviso.

Cristino dejó sobre la mesa la cantidad debida por el accidentado refrigerio, más unas monedas de propina. El camarero, al recogerlo, pregonó:

—¡Botee!

Y el coro de camaradas barman del quiosco veraniego respondió con un rotundo:

—¡Graciaaaas!

Cristino y Marci, sonrientes y muy cogidos del brazo, cruzaron el Paseo de Rosales, fueron al encuentro de los padres del novio y alegremente los chistaron. Estos fríamente respondieron al saludo de los jóvenes, rechazando el ofrecimiento de su hijo a tomar algo en otra terraza e insistiendo en proseguir solos el paseo hasta su casa. Y así lo hicieron, dejando atrás a su hijo con su novia que, mirando a Cristino, exclamó:

—Mis padres habrían tomado otra cañita con nosotros… pero, en fin, ya me lo advirtieron.

—¿A qué te refieres?

—A ese dicho que dice eso de: Tanto tienes, tantos vales.

—¿Qué quieres decir con eso, Marciana?

—Pues que tus padres son unos clasistas de tomo y lomo; además, me miran por encima del hombro. ¡Menudos son!

—Tú no tienes nada que decir de mis padres… ellos contigo han sido respetuosos.

—Tu padre sí… pero tu madre… la señora ni me ha mirado… menuda.

—Eso es lo que tú dices, Marciana.

—Sí, sí… anda que… si yo fuera una señoritinga con buenas fincas… ya se hubieran tomado algo con nosotros. ¡Si lo sabré yo!

—Oye, Marciana, haz el favor de callarte de una vez.

—¿Por qué? Porque te estoy diciendo la verdad.

Cristino, sintiendo el temblor de su barbilla, se calló, cogió a su novia por el hombro y ambos, muy callados y muy juntitos, se encaminaron a «lo suyo» en el Parque del Oeste.